

zo quedarse limpiando máquinas de ferrocarril.

También D.^a Piedad tuvo sus pujos líricos. ¿Y a qué, si no a ellos, debe su lozanía actual?



La Forete.—Telesfora López Villalba,—alcazareña, hija de la Pilar de Sabitas, Campeona de tennis que fué en Madrid.

Las flores de su espíritu están marchitas, ciertamente, pero no muertas y en su bullir se percibe todavía el aleteo de la ilusión no lograda, que nunca llega a caducar.

¿Que había que comprar unos faroles para San Lorenzo, en la Alameda? —Pues allá iba D.^a Piedad con su tropa

a celebrar un festejo para recaudar dinero.

¿Que ocurría una desgracia nacional como la del Barranco del Lobo?. Allí estaba D.^a Piedad a organizar un beneficio para nuestros soldados.

Y así siempre, contenta y dispuesta, empujada por la ilusión indeterminada que como llama de fuego en las tinieblas de la noche, anima y atrae, removiendo los fondos de la esperanza y estimulando las energías hasta el fin para ir en busca de su logro, como le sucede a ella, pues hasta cuando ya nada es posible ni se espera, queda un elemento vital, inextinguible, que es el que todo lo puede, el que todo lo sostiene, en las personas que por no haber alcanzado la dicha viven más y viven siempre como azuzadas por el anhelo de lograrla, no reconocible en nada pero efectiva en todo.

Doña Piedad se fué de Alcázar dejándose aquí los treinta años centrales de su vida, lo mejor de ella: su mes de Mayo y sus flores. Alcázar las guardó en el jarro donde ella las puso en agua y ahora, a la vuelta del camino, este chico del barrio, rodeado de todas las chicas que fueron a su labor, puede ofrecerle el haz de astiles de aquel manojito que no se había perdido ni olvidado y decirle que, si bien no pudo impedirse que se secara, porque es ley de vida, se guardó con tanto amor que, en sus pinchos ressecos, llevan prendidas, con los girones de nuestra ropa, las más entrañables prendas de cariño y de agradecimiento hacia su persona, cuya gallardía seguiremos admirando como el más sobresaliente ejemplo de su magisterio.

SUCEDIDO

EN la Alameda, se puso mala una vecina.

Según iba empeorando, crecía entre todos la zozobra por llamar un médico y decían:

—No va a haber más remedio que llamar a alguien.

Por fin vinieron a Alcázar y la llevaron a uno, que le recetó un «bebío» y unas píldoras.

Al llegar el hombre de las hazas preguntó si había ido el médico y le explicaron lo ocurrido.

—Bueno, bueno, pero que el médico se tome la mitad antes de dárselo a ella, para ver el efecto que le hace, y, si le va bien, le daremos a ella la otra mitad, ¿eh?; no vayamos a echarla a perder del «to»